

## LA POESÍA DURANTE LA TRANSICIÓN Y LA GENERACIÓN DE LA DEMOCRACIA

**Juan José LANZ**

(Madrid: Devenir Ensayo, 2007, 485 págs.)

El ensayo *La poesía durante la Transición y la generación de la democracia*, del profesor y crítico Juan José Lanz, ofrece un amplio panorama de las últimas promociones de la lírica española. Aunque el libro recoge diversos estudios y conferencias escritos a lo largo de los años, presenta una unidad orgánica no sólo por la continuidad de su tema central, sino también por la cosmovisión que se proyecta en sus páginas. En un proceso que va de lo general a lo particular, Lanz desgrana las principales mutaciones del discurso poético que empieza a fraguarse en los convulsos compases de la Transición y que se consolida en tiempos de la democracia.

La primera parte del libro, «Para una poética de la posmodernidad», aborda un debate todavía vigente en nuestras letras: la vinculación entre los productos estéticos contemporáneos y el marco intelectual en que se inscriben. A partir de estas premisas, el autor estudia la inserción de los nuevos poetas en su contexto histórico, su evolución ideológica y las complejas relaciones entre sujeto y escritura. Todo ello exige una acotación de la posmodernidad, entendida como una dominante cultural que perfila y delimita el espacio discursivo. Las

tesis de Fredric Jameson le sirven a Lanz como sustrato para analizar algunos aspectos polémicos en el desarrollo de la posmodernidad: la dialéctica entre centro y margen, la disolución del concepto de sujeto o las fronteras entre texto e intertexto. Por un lado, Lanz cuestiona la aparente escisión entre las nociones de centro y margen, cuya dependencia mutua ya había advertido Foucault al afirmar que «el límite y la transgresión se deben uno a otra la densidad de su ser». Por otro lado, concibe la escritura actual como un medio de representación en el que se entrecruzan distintos niveles textuales. El intertexto surge así como un trasunto del pastiche posmoderno, una «parodia vacía» que juega con el lector y que entraña, al mismo tiempo, la nostalgia de una textualidad sin fisuras. La abundancia de citas, alusiones y ecos en la poesía joven, con diferente valor al que tuvieron en sus orígenes, es un ejemplo de esa intertextualidad que aspira a conquistar un territorio propio, un discurso entretejido de múltiples discursos.

La segunda parte, «La poesía durante la Transición», atiende a la configuración de la poesía española durante el paso de la dictadura a la democracia. El conflictivo periodo de la Transición es una franja histórica en la que los cambios políticos requieren, paralelamente, una profunda transformación de los paradigmas imperantes. En la escena literaria concurren ahora tanto los autores jóvenes como otros de más edad, que no habían encontrado en su momento la resonancia que merecían o que habían vivido las consecuencias de la represión y del exilio. Desde mediados de los años setenta confluyen algunos poetas del 27; los aglutinados en torno a revistas *extraoficiales* como *Cántico* y *Postismo*; los del grupo del 50, próximos a una poesía crítica, y los del 68, identificados con un culturalismo preciosista. Lanz realiza un acercamiento transversal a ciertas constantes en estas generaciones: la reflexión sobre la palabra, la dificultad de una dicción directa o el trasvase entre realidad material y realidad artística. Sin embargo, también señala otros rasgos que son propios de los nuevos poetas, una vez que el sesentayochismo ya había fijado sus aspectos estéticos. Alrededor de 1977 nace una corriente caracterizada por el repliegue elegíaco y el tono confesional. Esta corriente expresa un desencanto de diferente índole al que había articulado la generación previa. Mientras que en el primer tramo del 68 el desencanto se ocultaba tras un ornamentalismo que servía de cauce al *horror vacui*, en el segundo tramo la desesperanza tiende a desplazar las preocupaciones colectivas hacia la esfera personal. La reprivatización lírica implica la temprana calcinación de una utopía que apenas había llegado a instalarse en el horizonte cultural.

La tercera parte, «La generación de la democracia», constituye el núcleo del presente libro. En él, Lanz dirige su mirada hacia aquellos autores que

empiezan a publicar a principios de los ochenta: son los *postnovísimos* (según Villena), los de la *tercera mutación del 68* (según Siles) o los *poetas figurativos* (según García Martín). Dichas denominaciones o bien subordinaban la especificidad de estos autores a sus precedentes, o bien los definían mediante una metonimia estilística. No obstante, pronto se vio que los poetas de los ochenta no se limitaban a continuar las maneras creativas de sus predecesores. Lanz establece con nitidez los inicios de la nueva promoción poética. La zona de fechas comprendida entre 1977 y 1982 determina su etapa de formación. El año 1977 congrega varios hechos relevantes en la sociedad española, como la legalización del PCE, la celebración de elecciones democráticas o la concesión del Premio Nobel a Vicente Aleixandre. Por su parte, 1982 supone la victoria electoral del PSOE y la presentación de dos libros que contienen, en germen, las principales tendencias líricas que convivirán a lo largo de los ochenta: *El jardín extranjero*, de Luis García Montero, que obtuvo ese año el premio «Adonais», y *Ludia*, de Amparo Amorós, que consiguió un accésit de dicho premio. Se inauguraba así la otra sentimentalidad y la retórica del silencio, respectivamente, que acabarían polarizándose en las llamadas *poesía de la experiencia* y *poesía metafísica*. Lanz también plantea la emergencia de dos estéticas dominantes dentro de las expectativas generacionales: la poesía del diálogo, que reivindica la comunicabilidad del lenguaje y sugiere una relectura personalizada de la tradición clásica, y la poesía del fragmento, que muestra un universo en crisis y pretende escapar a la trivialidad temática. El capítulo final de esta parte resume los momentos que ha atravesado la poesía española de los últimos veinte años, a partir de las antologías que han tratado de recoger sus logros u ordenar sus líneas: la ruptura con el 68 y el inicio de una nueva etapa (1977), la disidencia novísima y la renovación lírica (1977-1984), la consolidación del grupo de los ochenta (1984-1989) y las múltiples sendas abiertas en los noventa (1990-1997). Estas tentativas de periodización no sólo obedecen al intento de explicar el itinerario cronológico de la poesía reciente, sino que permiten conectar la travesía estética con las condiciones sociales e ideológicas del país. De este modo, el romanticismo sentimental de comienzos de los ochenta irá dejando paso, conforme avance la década, al impulso reconstructivo de la ironía en libros como *La caja de plata*, de Luis Alberto de Cuenca, o *Diario de un poeta recién cansado*, de Jon Juaristi.

La cuarta parte del volumen «Los trabajos y los días (Documentos para el debate)», reúne nueve artículos que dan prueba de la versatilidad de Lanz en los difíciles terrenos de la crítica *de urgencia*. Se trata de balances parciales, escritos en su mayoría a principios de los noventa y atenedos a la realidad in-

mediata, pero en los que destaca una voluntad polémica que los convierte en testimonios relevantes de una época cercana de nuestra literatura. Los trabajos de esta parte oscilan entre diversos temas recurrentes: el recuento de la poesía al filo de los noventa; las direcciones y derivas de la vertiente experiencial; la progresiva apertura del coto vedado de la intimidad hacia un tímido irracionalismo, y los difusos márgenes entre cultura y contracultura, cultura y crítica o cultura y simulacro.

Finalmente, la parte quinta, «Algunos nombres», indaga en la producción de autores o grupos que ilustran corrientes significativas en la lírica contemporánea. Sin aspirar a un imposible afán de exhaustividad, aunque sin renunciar a la apuesta personal, la selección de estos nombres manifiesta el acierto de Lanz en aquellos casos en los que el crítico ha de erigirse, por imperativos del presente, en augur del futuro. Así lo ponen de relieve las páginas dedicadas al simbolismo imaginativo de Julio Llamazares, el tamizado surrealismo de Blanca Andreu, el *otro* sentimentalismo de Luis García Montero, la ironía reflexiva de Carlos Marzal, la *épica de la renuncia* de Julio Martínez Mesanza o la poesía del desasistimiento de José Fernández de la Sota. Cierran el libro tres estudios sobre algunos grupos constituidos deliberadamente como tales o relacionados por sus afinidades estéticas. Ejemplo de lo primero es el capítulo centrado en la revista cordobesa *Antorcha de Paja* (1973-1983), que intentó tomar el testigo de *Cántico* y postuló una poesía rehumanizada frente al venecianismo más superficial. Prueba de lo segundo son los capítulos consagrados a diversos autores de los noventa (Miguel Argaya, Diego Doncel, Miguel Galanes, Fernando Beltrán, José María Micó) o a las voces de poetas vascos que escriben en castellano (Amalia Iglesias, José Antonio Blanco, Pedro Ugarte, Mari Feli Maizcurrena y Josu Montero).

En definitiva, *La poesía durante la Transición y la generación de la democracia* diseña una cartografía muy útil para moverse en las fronteras, siempre cambiantes, de la actualidad literaria. Más allá de su indiscutible valor documental, los textos de Lanz han ganado con la distancia cronológica lo que acaso hayan perdido en beligerancia. De hecho, el investigador que se acerque hoy a este libro descubrirá en él las piezas necesarias con las que reconstruir veinticinco años de sociedad, cultura y poesía. No es otra la labor del crítico: enseñarle al lector la equis en el mapa, para que sea él quien desvele la incógnita.

Luis Bagué Quílez  
Universidad de Murcia